

Y en tus senos más distantes,
 Porque tu amor le reveles,
 Ordena que los cinceles
 Tallen en el mármol duro
 Campos en donde el futuro
 Venga á arrojar sus laureles.

X.

Que si á la Patria adorada
 Se le guardan días de afrenta,
 Y audaz invasión intenta
 Pisar su arena sagrada,
 Caerá, mas no mancillada
 Con el gorro del esclavo,
 Y de sus ruinas al cabo,
 De patriotismo modelo,
 La estatua que se alce al cielo
 Será la sombra de BRAVO.

JOSE FERNANDEZ DE LARA.



AL PANUCO

No es Venecia la indolente,
 La sultana de los mares,
 A quien homenaje rinden
 Trovadores inmortales,
 El sacro numen que inspira
 Estos humildes cantares;
 Que la gloria es alimento
 Sólo de las almas grandes,
 Y no ambiciona la mía
 Sino mirar los cristales
 Del manso sonoro río
 Que fecundiza los valles
 De Tamaulipas la bella,
 Y cruzando soledades
 Limpio, callado, tranquilo
 Pagá tributo á los mares.
 ¡Cuántos, ¡ay! en su camino
 Escuchó sentidos ayes
 De hermosuras que vinieron
 A suspirar en sus márgenes!
 ¡Cuántos, Pánuco dichoso,
 De tierno llanto raudales
 Habrán-guardado en tu seno
 Las tampiqueñas amables,
 Rogándote que su nombre
 Y sus infortunios calles!

Y sedientas de ventura
 Enamoradas beldades,
 ¡Cuántas habrás visto, río,
 En brazos de sus galanes,
 Ebrias de amor, adormidas,
 Riendo como los ángeles,
 Al resplandor de la luna
 Que brilla con luz suave,
 Cuando apasionado beso
 En labio y mejillas late!
 Es fama, sonante río,
 Que á la verde orilla sales
 Por ver los grupos que forman
 Los venturosos amantes
 Bajo las tendidas hojas
 De tus lindos platanares.
 El historiador nos cuenta,
 En páginas inmortales,
 Que tus ondas cristalinas
 Se enrojecieron con sangre
 De mil valientes guerreros
 Que en mortífero combate
 Sostuvieron de mi patria
 El pabellón trigarante,
 A Barradas castigando
 Con espantoso desastre.
 Entonces, dice la fama,
 Que rugiendo de coraje
 Arrebató tu corriente
 Del invasor el cadáver,
 Para lanzarlo al abismo
 Del Atlántico insondable;
 Y que luego, manso, dulce,
 Entre los cañaverales,
 Las ceibas y los naranjos,
 Y los blancos azahares,
 Que adornando tus riberas
 Vierten aroma en el aire,
 Sereno, apacible, hermoso,
 Volviste alegre á tu cauce,

Murmurando en son de triunfo:
 "¡Está vengado el ultraje!"
 ¡Cómo no sentir el alma
 En un mundo dilatarse
 De doradas ilusiones
 Y de recuerdos brillantes,
 Si el amor, el patriotismo
 Aquí tienen sus altares...!
 ¡Dios te guarde, bello río!
 ¡Bello río, Dios te guarde!
 ¡En tu gloriosa carrera
 Siempre en perlas se desate
 Tu corriente, fecundando
 Las tierras por donde pases!
 Los pájaros de la selva
 Vengan á tu orilla, canten,
 Y en tu linfa transparente
 Alborozados se bañen;
 El sol con su disco de oro
 Cuando en el zenit derrame
 Torrentes de luz y vida.
 En tu fondo vea su imagen;
 Nunca tu virtud enturbien
 Fragorosas tempestades,
 Y las vírgenes hermosas
 De Tampico, las deidades
 En las horas que embellece
 Con sus misterios la tarde,
 Te canten sus alegrías
 Y te digan sus pesares
 Como al amigo discreto
 Que su corazón nos abre!
 Mas si con planta atrevida
 Algún invasor osare
 Pisar la sagrada tierra
 Que regaron nuestros padres
 Con la sangre de sus venas
 En época memorable,
 A rugir vuelve tremendo,
 Al punto sal de tu cauce,

Arrebata caballeros,
 Caballos, armas, bagajes,
 Y arroja la hueste impía
 En el fondo de los mares.
 Esto al Pánuco le dije
 De su orilla al apartarme,
 En la grandeza pensando
 De las glorias nacionales.
 Y melancólico, triste,
 Como marino sin nave,
 Alejándome con pena
 De tan gloriosos lugares,
 Lleno de entusiasmo el pecho
 Volví á exclamar: "¡Dios te guarde!"
 Y deteniendo mis pasos
 Otra vez volví á mirarle,
 Y ví que torciendo el curso,
 Como á su nido las aves,
 Limpio, callado, tranquilo,
 Fué á sepultarse en los mares.

JO. QUIN TELLE.



HIDALGO

I.

¡Oh Genio augusto del arte
 que á los mortales inspiras!
 ¡Gloria excelsa de la patria!
 Númen que del claro día
 tomas los tintes radiosos
 y los cambiantes del prisma
 ¡Dame tus notas vibrantes
 Dame tu olímpica lira,
 y haz que mis cánticos broten
 como cascada argentina!

Quiero cantar á los héroes
 que su generosa vida
 sacrificaron gustosos
 con singular hidalguía,
 por conquistar los derechos
 del pueblo que, como víctima
 escarnecida y doliente,
 lánguidamente gemía.

¡México, nido de amores!
 Tierra para el bien propicia
 donde es siempre azul el cielo,
 y en primavera infinita

borda sus campos de flores
y dan gratas armonías
las aves con sus conciertos,
con sus rumores las brisas,
y con musical murmurio
las corrientes cristalinas
de los apacibles lagos
y de las mares bravías.

¡México, cuna del genio!
Del heroísmo guarida,
de la abnegación santuario
y albergue de la hidalguía:
al conquistador le ofreces
hospitalaria acogida;
le brindas con tus tesoros,
le proporcionas delicias;
y en pago de tantos bienes
hace tales felonías
que para no relatarlas
dejo que calle mi lira.

II.

En el pueblo de Dolores,
humilde y pobre curato
desempeñaba solícito
un virtuoso y noble anciano,
cumpliendo su ministerio
no solamente de párroco;
era el padre de su gremio,
consuelo de sus hermanos,
director de las conciencias
y benefactor magnánimo.
Auxilio del desvalido,
de los enfermos amparo,
pródigo y caritativo
para los necesitados,
y con palabra elocuente,
dulce y persuasiva, bálsamo

para las penas amargas
y azote de los malvados.

En su corazón sensible
no fermentaban agravios;
pero si el dolor acerbo
tomaba creciente pábulo,
viendo sufrir á su pueblo
sacrificios inhumanos.

Piensa que á la iniquidad
cortarle el infame paso
es un deber para el hombre
que preste de ser honrado;
y que si su pueblo sufre
y calla y sigue callando,
es porque le falta sólo
quien se encargue de animarlo,
y en las aras de la patria
se le ofrezca en holocausto.

Vé las espaldas heridas
por el infamante látigo
del conquistador, que artero
no cesa de flagelarlo;
el pudor de las doncellas
brutalmente mancillado;
El decoro de la esposa
sin aprecio, y el trabajo
ser con oprobio inaudito
el patrimonio del amo.
—No será más tiempo, exclama,
no me entregaré al descanso
hasta ver libre á mi pueblo;
y si fuere necesario,
será mi vida la ofrenda
que á su libertad consagro,
como Cristo dió la suya
en la cumbre del Calvario.

¡Miguel Hidalgo y Costilla!
Generoso y noble anciano,

Genio de bondad sublime!
 ¡Mártir, que predestinado
 fuiste por Dios y que llevas
 de los bienaventurados
 la aureola, cuyos fulgores
 no tienen nubes ni ocaso!
 Relicario de virtudes
 ¡Ramillete perfumado
 que llena el mundo de gloria,
 como el astro de los astros
 llena de luz refulgente
 de uno á otro polo el espacio!

III.

Dando forma al pensamiento,
 dando expansión á la idea,
 sin reparar en que pudo
 fracasar su noble empresa
 por carecer de elementos
 apropiados á la guerra,

Mirando sólo en su mente
 la libertad que flamea,
 que el corazón vigoriza,
 y por las hirvientes venas
 hace circular la sangre
 con más ritmo y con más fuerza.
 Se asocia á dos capitanes
 de dragones de la reina,
 que serán sus compañeros
 en la lucha gigantesca,
 y son don Ignacio Allende,
 joven de limpia nobleza,
 bravo, galán, expansivo,
 decididor y de alma entera;
 y don Juan Aldama, joven
 también, y también de apuesta
 figura, valor sin tacha,
 alma grande y nobles prendas.

Admirados se quedaron
 cuando vieron la firmeza,
 con que el venerable Hidalgo
 su resolución suprema
 les indica, y sin demora
 á la contienda se aprestan
 "que ir á coger gachupines,"
 es lo único que les queda..

Era el 15 de Septiembre,
 noche, si envuelta en tinieblas
 con diáfanas claridades
 para las almas excelsas.
 Noche que anuncia alborada
 de vida y de encantos llena,
 noche que pasa á la historia
 y en su página más bella
 graba con letras de soles
 en inmortal refulgencia,
 el nombre augusto de Hidalgo
 y aquella indeleble fecha.

IV.

Todo el pueblo reposaba
 en dulce y tranquilo sueño,
 sólo en la estancia de Hidalgo
 estaba el balcón abierto,
 de la luz de las bujías
 dando paso á las reflejos.

Hay tres hombres en la sala
 en continuo movimiento:
 son los caudillos insignes
 cuyo patriótico celo,
 en esa noche gloriosa
 va á dar el grito soberbio
 que reclamará de España
 la independencia de México.

V.

Derramaba el sol naciente
 sus magníficos fulgores
 cuando al pueblo convocaba
 la campana de la torre.
 Y el pueblo acude solícito
 sin pensar en su transporte,
 que el toque de esa campana
 era de la gloria el toque.
 Hidalgo al ver á su pueblo,
 con voz grave y noble porte:
 —“Hijos, les dice, han llegado
 los momentos redentores
 de romper el férreo yugo
 que la España nos impone.
 No más reyes ni tiranos,
 ni más déspotas señores;
 la libertad sacrosanta
 asoma en el horizonte;
 ser libres es ser felices,
 disfrutar los sacros dones
 que Dios puso en esta tierra
 colmándola de favores.
 No más amo al que ha nacido
 an libre, como en los bosques
 os pájaros con sus trinos
 con su aroma las flores.
 Morir ó no ser esclavos,
 que la América recobre
 sus derechos conculcados
 que conquisten los hombres
 la libertad sacrosanta
 que encanta con sus fulgores.
 Dios nos alumbra el camino,
 o más suplicios atroces,
 la guerra y á la muerte,
 peligro no os asombre,
 te morir es más glorioso

que vivir entre opresores!”
 Gritos y aplausos y vivas
 su santa palabra acogen,
 y la bendición del cielo
 al entusiasmo responde.

Les dice Hidalgo la misa,
 y entre gritos y entre flores
 la entusiasta muchedumbre
 todas las calles recorre;
 las mujeres y los niños,
 los ancianos y los jóvenes,
 agrupados al caudillo,
 van del pueblo de Dolores
 en busca de la victoria
 ó de muerte que los honre.

VI.

Antes de un año la saña
 de los viles opresores
 le daba martirio horrendo
 al más grande de los hombres,
 al mexicano más justo,
 al sacerdote más noble,
 al jefe más denodado,
 y nos legaba su nombre
 como símbolo de gloria
 que, con radiosos fulgores,
 en el cielo de la patria
 verán las generaciones.

RAFAEL NAJERA.



EL ORTO DE UN ASTRO

I

Una joven de alba frente,
pupilas grandes y abiertas
cual dos soles en Oriente,
está llamando á las puertas
de un edificio imponente.

Y llama con tal tesón,
que para ofrecerle abrigo
se alza el pesado aldabón,
cruje en su gozne el postigo
y entra en la antigua mansión.

Ante su faz hechicera,
frente á su dulce mirar
y en su rubia cabellera,
la vieja hermana portera
ni inquiera ni puede hablar.

Recobrando su reposo
pregunta al fin: "¿qué queréis?"
y ella, alzando el rostro hermoso
responde: "ya lo sabréis,
que en mí nada es misterioso."

"Este pliego, por favor,
"entregad al que aquí sea
"encargado ó director,
"rogándole que lo lea
"porque interesa á mi honor."

Tomó el blanco memorial
la anciana, en nada remisa,
cruzó el patio señorial
y luego subió de prisa
la escalera principal.

Llegando á la galería
tiró de tosco cordel
de una puerta en la crujía,
y entró, llevando el papel,
en una pieza sombría.

Volvió en la triste mansión
hondo silencio á reinar,
y cual ángel de aflicción
la joven se puso á orar
junto al vetusto portón.

Silencio adentro y afuera;
todo quieto, todo en calma;
y la joven hechicera
oyendo dentro del alma
á Dios que le dice: ¡espera!

II

"Si á una huérfana doncella
"que en pobreza y soledad
"con el cielo se querella,
"amparais en su orfandad,
"Dios os premiará por ella.

"Sedienta estoy de beber
"las aguas de este Jordán
"que redime á la mujer,
"y no sólo os pido pan,
"sino virtud y saber.

"Y no dudo ni vacilo,
"pues de Cristo ante el altar
"late mi pecho tranquilo,
"y es Cristo quien me va á dar
"una celda en vuestro asilo

"Del mundo en la ruta incierta
"os demando este favor,

"no me cerréis vuestra puerta
 "que antes que manchar mi honor
 "quedará en su escaño muerta."

Esto el memorial decía,
 y cuando el texto acabó
 un hombre que lo leía.
 "¿Espera alguien?" preguntó
 con interés y alegría.

"Abajo espera, señor,
 una joven recatada
 de noble aspecto y rubor;
 "es bella y está enlutada"...
 —"Que suba"—dijo el Rector.

Subió y la sencilla escena
 es inútil describir:
 el Rector, una alma buena,
 no se negó á recibir
 á aquella humana azucena.
 Y fué en estudiar constante,
 en la devoción sincera,
 con sus hermanas galante,
 y una amiga y compañera
 franca, discreta y amante.

En aquel retiro santo
 su más florida estación
 pasó sin penas ni llanto,
 para ser de una nación
 orgullo, vida y encanto.

III

Al edificio imponente
 que ofreció trono y palacio
 á la doncella inocente,
 "Colegio de San Ignacio"
 llama en México la gente.

Y la joven seductora
 que allí soñó ser feliz
 y hoy brilla como una aurora,
 fué doña Josefa Ortiz
 la inmortal Corregidora.

Siempre amante, siempre hermosa,
 siempre en la virtud sin par,
 con los pobres dadivosa,
 fué una reina en el hogar
 como madre y como esposa.

Entre sus santos amores,
 dió á su patria uno infinito,
 y escuchando los clamores
 urgió á Hidalgo diera el grito
 de independencia en Dolores.

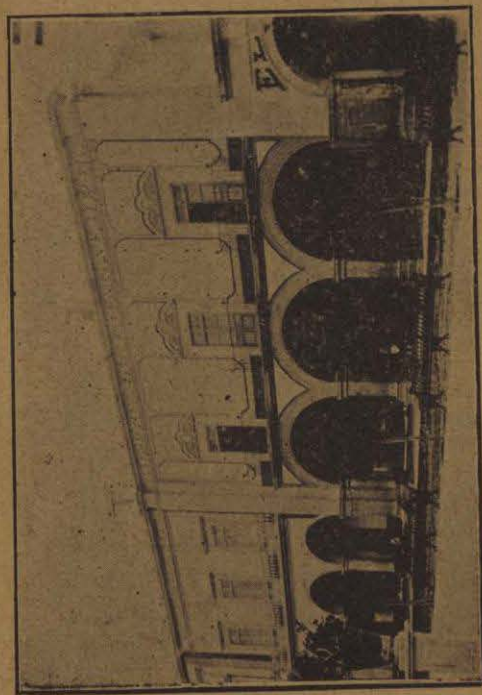
Bendiga su nombre egregio
 la patria á que libertó;
 la Historia es su trono regio
 y su antorcha este colegio
 á cuyas puertas llamó.

JUAN DE DIOS PEZA.



HIDALGO EN CELAYA

Como los enhiestos mástiles
de alguna potente escuadra,
destácanse allá á lo lejos
ante la vista asombrada
las agujas y las cruces
de la ciudad de Celaya.
Son suntuosos monumentos,
rico esplendor, fausto y gala
que en ese suelo encantado
sembró la piedad cristiana
de muchas generaciones
en el polvo sepultadas.
Allí del Carmen se ve
la artística filigrana,
los primorosos calados,
la elegante columnata
y el cimborrio gigantesco
que se cierne, que se alza
bajo un cielo siempre azul,
sobre un valle de esmeralda.
Se descubre San Francisco
con su torre soberana
y las columnas bellísimas
de su soberbia portada;
San Agustín y la Cruz,
la Parroquia veneranda,



Mesón de Guadalupe en Celaya,
desde donde Hidalgo arengó al pueblo.

la Piedad y la Merced
 con su torre mutilada;
 y más y más campanarios
 por donde quiera levantan
 sus remates caprichosos,
 sus agujas elevadas
 bajo un cielo siempre azul,
 sobre un valle de esmeralda.

* * *

En esa linda ciudad,
 en esa tierra encantada
 el caudillo fué investido
 con la honorífica banda
 de Capitán General
 de la tierra americana;
 y aun se escucha en la campiña,
 y en las verdes enramadas
 el épico clamoreo,
 los repiques y las dianas
 con que un pueblo entusiasmado
 aquél hecho celebraba:
 y la voz del sacerdote
 percíbese entre las auras
 que en esa ciudad murmuran
 himnos dulces de esperanza
 bajo un cielo siempre azul,
 sobre un valle de esmeralda.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



HERMENEGILDO GALEANA

I.

En el mágico esplendor
de su brillante carrera,
en la que unidos se miran
el talento y la grandeza,
Morelos el indomable,
de su país gloria eterna,
vió á su lado campeones
que fulguran como estrellas
en el azul de ese cielo
que se llama Independencia,
adonde el suave perfume
de la gratitud se eleva
con los himnos de alabanza
que brotan desde la tierra.
Y entre aquellos paladines,
los de innúmeras proezas,
que su vida consagraron
á México á la defensa,
fuce como astro perenne
de magnitud gigantesca,
Hermenegildo Galeana,
el león en la pelea,
clemente con el vencido,
de la intrepidez emblema,

que sin ambición mezquina
de honores y de riquezas,
sólo vió la libertad
y la justicia en la guerra,
y la muerte de los héroes
como premio en la contienda (*)

II

En las abruptas montañas
de la región pintoresca,
que de Guerrero y los suyos
las glorias siempre recuerda;
á inmediaciones del río
denominado de Tecpan,
elévase la ciudad
que el mismo nombre conserva,
en la que el bravo Galeana
vió la luz por vez primera,
de oscuro y pobre linaje,
sin señuelos de grandeza,
mas de virtudes tesoro
como riquísima herencia.
Desde su temprana edad
consagróse á las faenas
del campo, y en el Zanjón—
que así se llama una hacienda—
los años más venturosos
pasaron de su existencia,
en el sosiego que brindan
las costumbres lugareñas.

(*) En todas las acciones de guerra en que se halló, se distinguió por su denuedo y bizarría. Intrépido en el combate, era clemente con el vencido; luchó con verdadera convicción por la causa de la independencia, sin aspirar á riquezas, sin extorsionar á los pueblos, sin cometer acto ninguno de arbitrariedades.—Zamacóis, Historia de México, tomo 9, pág. 425.—N. del A.

Al acercarse el caudillo
 á las regiones aquellas
 donde vierte sus raudales
 de amor la naturaleza,
 al intrépido Galeana
 y á sus hermanos congrega
 del belicoso clarín
 el toque de la defensa;
 y la calma y la dulzura
 de la campiña se truecan
 en el febril entusiasmo
 de la ardorosa contienda.
 Los humildes lugareños
 á la batalla se aprestan;
 el heroísmo es su norma,
 la libertad es su estrella,
 el culto á México libre
 su lábaro, su bandera.
 Y la lid se multiplica,
 los laureles se cosechan
 y el nombre de "tata Gildo"
 grabado en la Historia queda. (*)
 Sólo falta al campeón
 nacido á orillas del Tecpan,
 la corona de los mártires
 que glorifique su empresa.

III

En el lugar de Coyuca
 los virreinales se encuentran
 mandados por Avilés
 que, según dicen, alberga

(*) Bustamante dice, al hablar de la hermosa figura de D. Hermenegildo Galeana, que tenía gran ascendiente sobre los negros, quienes le llamaban cariñosamente el tata Gildo.

sentimientos generosos
 de rectitud y entereza. (*)
 Allí va con sus parciales
 en busca de la pelea,
 el intrépido soldado
 á quien las masas veneran;
 y en las márgenes del río,
 que del pueblo el nombre lleva
 trábase al punto la lid
 encarnizada y sangrienta.
 Acometen con enojo
 los realistas á las fuerzas
 del indomable Galeana
 que del triunfo desespera.
 Mil y mil veces su voz
 escúchase en la refriega,
 y otras tantas ve perdida
 de su fortuna la estrella,
 Al fin mirándose solo,
 sin amparo ni defensa,
 corre en pos de su deber
 y de la gloria postrera.
 Defiéndose cual león
 de los que á cercarle llegan,
 y al rudo golpe de un arbol
 da con su cuerpo en la tierra.
 Allí rodeado se mira
 de enemigos que contemplan
 al guerrero infatigable
 de la sacra Independencia.

(*) El Teniente Coronel Fernández de Avilés, nombrado por Armijo, custodiaba las inmediaciones del puerto de Acapulco y era un oficial valiente y entendido. Libró en las inmediaciones de Coyuca el combate del 27 de Junio de 1814, en el que Galeana perdió con gloria la existencia. Consúltese "México á través de los siglos," tomo III, pág. 430.—Nota del Autor.

Con el pecho desgarrado
 por cruel herida sangrienta,
 hace esfuerzos por blandir
 su espada en la lucha fiera.
 Joaquín León, con desprecio
 al moribundo se acerca;
 de un solo tajo separa
 del caudillo la cabeza,
 llevándola en una pica,
 como brillante presea,
 al pueblecillo inmediato
 al lugar de la contienda

IV.

Así á la vida surgió
 de los prohombres de América
 el guerrero infatigable
 de la sacra Independencia;
 Hermenegildo Galeana,
 de las orillas del Tecpan,
 de quien Morelos insigne,
 al saber la triste nueva,
 poseído de dolor
 y de amargura dijera:
 "Acabáronse mis brazos;
 ya nada soy en la tierra;"
 palabras que sintetizan
 el valor y la nobleza
 del que vió la libertad
 y la justicia en la brega,
 y la muerte de los héroes
 como premio en la contienda.

FULGENCIO VARGAS.

3-16-1910.



LA ENTREVISTA EN CHARO

I

A seis leguas no cabaes
 de aquél pensil michoacano (1)
 donde en intimo consorcio
 las flores se han cultivado
 de la ciencia que enaltece
 y del salvador trabajo;
 en medio de las montañas
 que sombra dan al santuario
 y al risueño caserío
 do se albergan los indianos,
 álzase un pueblo feliz
 que data de muchos años;
 desde su origen remoto
 lleva por nombre el de Charo. (2)
 Allí viven nobles gentes
 con sus costumbres de antaño,

(1) Valladolid, hoy Morelia.

(2) Charo, en idioma tarasco, significa tierra del rey niño. Se pobló de españoles el año de 1550, según consta en "La Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacán"—página 66,—escrita por Fray Diego Basalenque, religioso agustino de grata memoria en el mencionado pueblo.—Notas del autor.

los humildes lugareños
que rinden culto al arado,
y con el sudor del rostro,
en las faenas del campo
cosechan paz y ventura
como inmarcesibles lauros
para el que lidia sin tregua
en los combates humanos.

II

Brilló en Dolores la aurora
de redención como un astro,
á cuya luz se disipan
la tiniebla y el espanto;
y las huestes vencedoras
que á las órdenes de Hidalgo
dieron principio á la lid
por los fueros sacrosantos
de la patria que gimiera
tres siglos en el insano
medio que brinda el dolor
á países subyugados,
en pos de nuevos laureles
y de horizontes más amplios,
con rumbo á Valladolid
salieron de Guanajuato.
De la culta población
que con muestras de entusiasmo
recibiera á las legiones
del venerable soldado.
los insurgentes partieron,
tras breves días de descanso,
camino de la ciudad
capital del virreinato,
para medir su entereza
con el valor de los bravos
por cuyas venas corría
la sangre de don Pelayo.

III

El rumor de los combates
por el fuero soberano,
llegó al humilde retiro
donde el cura de Carácuaro (*)
pasaba de su existencia
tranquilamente los años,
sin idea más generosa
ni deseo más sagrado,
que los de ver á su patria
libre del dominio extraño,
irguiéndose ante la faz
de sus temidos contrarios,
como el cóndor altanero
sobre el desnudo picacho,
en la cordillera andina
del vergel americano.
Y el bondadoso pastor
de mansísimo rebaño,
cuyos fieles adoraban
las doctrinas de su párroco,
sintiendo arder en su pecho
la llama de amor sagrado
por el país que sufriera
los rigores del esclavo,
apresúrase á trocar
el sosiego del curato
por la reñida contienda
en favor de sus hermanos;
y al mediar el diecinueve
de Octubre, del feliz año
en que la heroica labor
iniciara el mexicano,
don José María Morelos,
el buen cura de Carácuaro,

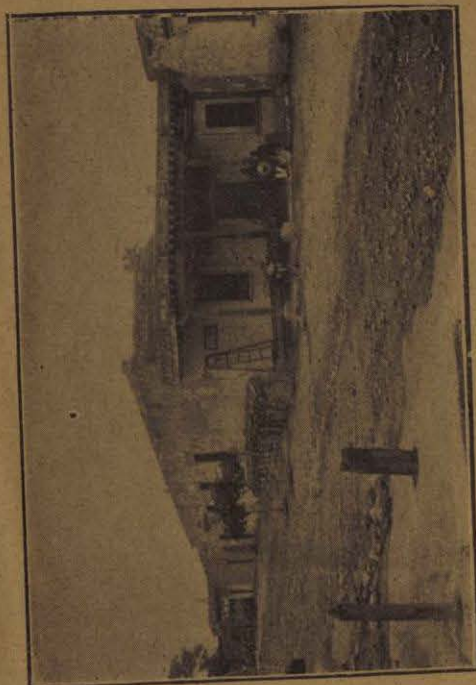
(*) Don José María Morelos administra-
ba por aquella época el Curato de Nuepé-
taro y su anexo de Carácuaro.—N. del A.

á las tropas insurgentes
alcance dióles en Charo.

IV

En los anales gloriosos
que dan lustre al suelo patrio,
brilla cual sol refulgente
en un cielo despejado,
la fecha asaz memorable
en que el patriotismo santo
uniera á dos corazones
con indisolubles lazos
en el humilde retiro,
morada de los indianos,
que desde origen remoto
lleva por nombre el de Charo.
Allí de dulce esperanza
los dos caudillos hablaron,
y del inicuo poder
de lutos y desengaños,
que á la nación oprimiera
de México sin descanso.
Allí nombróse á Morelos
lugarteniente de Hidalgo,
con facultades amplisimas
de levantar en los campos
del territorio del Sur,
contingentes necesarios
de tropas, que defendiesen
los derechos vulnerados. (*)
Al llegar la despedida,
y al darse el último abrazo,

(*) El nombramiento estaba redactado así: "Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Miguel Hidalgo y Costilla."—N. del A.



Casa en que se verificó la entrevista
de Hidalgo y Morelos, en Charo.

aquellos dos campeones,
de la insurgencia dechado,
la libertad de la patria
ó el sacrificio juraron.

V

La campiña iluminaban
del sol los oblicuos rayos,
y poco á poco, á lo lejos,
iban sus huellas borrando
los postreros batallones
del ejército de Hidalgo;
mientras que allá se perdía,
siguiendo rumbo contrario,
don José María Morelos,
el buen cura de Carácuaro,
que iba á conquistar renombre
de patriota y de soldado,
y á conmover en su base
la labor del virreinato.

VI

Caminante que discurre
por el pueblo michoacano,
donde mil himnos se elevan
á la ciencia y al trabajo;
si á tu vista se presenta
de montañas coronado
el humilde caserío
do se albergan los indios,
descúbrete con respeto
al contemplar ese cuadro
de sencillos moradores
con sus costumbres de antaño;
fija en tu alma los recuerdos
de las glorias del pasado,
de la entrevista que viera
el pueblecillo de Charo;

piensa que allí vió la luz
 de la vida sin ocaso,
 el enérgico adalid
 de los fueros democráticos;
 el protector y el amigo
 de los dolientes esclavos;
 el genio de la victoria,
 de la insurgencia el dechado;
 ¡el héroe que por su patria
 dió la vida en holocausto!

FULGENCIO VARGAS.



EL SARGENTO BORREGO

Temiendo á los insurgentes,
 que se hallaban en Jalisco,
 pasó con algunas tropas
 muy asustado, ¡qué digo!
 lleno de terror, corriendo,
 volando cual pajarillo,
 que rápido hiende el aire
 al mirarse perseguido;
 así pasó presuroso
 por Zacatecas, repito,
 Cruz, el general realista
 tan odiado y tan temido
 por su déspota conducta,
 por su carácter altivo,
 por sus sanguinarios hechos
 que llevaron al suplicio
 centenares de patriotas,
 en venganza ó en castigo
 de haber por el patrio suelo
 luchado con heroísmo.

Hallábase en Zacatecas
 muy inquieto y afligido
 el general ya citado,
 que allí llegó "de improviso"
 con el fin de dirigirse
 á Durango, único asilo